

el ámbito de las relaciones internacionales y de la presencia de los pueblos ibéricos en el mundo, todo conspiraba por la unión; la fuerza normativa de los hechos obligaba, empero, a marchar por el camino de las realidades. Así pues, ante el cúmulo de circunstancias desfavorables, carecían de entidad los razonamientos esgrimidos por Gullón y otros adictos de lograr —por imperativo histórico y patriótico— la inmediata Unión Ibérica por cualesquiera procedimientos, sin excluir, como lo hacía el autor de *La fusión ibérica*, los de la fuerza. Buena parte, además, de tales argumentos componía mercancía averiada, habida cuenta su falsedad o debilidad. Portugal no era el país medievalizante, apartado en la cuneta del progreso que enriqueció a los Estados de su misma órbita cultural y geográfica. Al propio tiempo tampoco era España el país de Jauja que los corifeos del unionismo se apresuraban a cantar. En apoyo de sus opiniones D. Juan iría hasta recorrer el árido campo de las estadísticas, mostradoras, en uno y otro caso, de un empobrecimiento cada día más combatido y de una prosperidad más previsible que alcanzada<sup>13</sup>.

nes artificiales de la diplomacia; casi ninguna de sus dinastías era nacional, sino impuesta por la conquista; muchos de sus príncipes estaban sentados en los tronos en virtud de un poder opresor extraño, para cumplir su voluntad y secundar sus miras y remachar más las cadenas que pesaban sobre la patria común. Y, sin embargo, ¿cuán difícil no ha sido, y es aún, el realizar esa unidad, a la que todo estaba convidando y aún provocando, unidad que era indispensable si Italia había de salir de la postración y servidumbre en que se hallaba? ¿Qué tempestad no ha levantado en toda Europa la caída de los soberanos legítimos, cuyos tronos no tenían raíces en el suelo en que se fundaron? [...] Pues si esto ha sucedido en Italia, ¿qué no sucedería en la Península Ibérica si procurásemos imitar aquel movimiento? Allí la unión es indispensable para

salir de la servidumbre; aquí la unión es sólo conveniente a nuestra mayor prosperidad y futura grandeza; allí nadie soñaba con que hubiese una nación toscana, parmesana o luquesa; aquí hay dos verdaderas y grandes naciones; allí ninguna dinastía de las caídas estaba enlazada con los recuerdos gloriosos y patrióticos [...] Aquí, en suma: esto es, en Portugal y en España, hay dos naciones y hay dos dinastías nacionales que personifican, y en las cuales se cifra toda la gloria del uno y del otro pueblo». Ibid, 679.

<sup>13</sup> «Hablemos ahora del estado actual del reino vecino, y procuremos demostrar que ni es lastimoso, como algunos creen, ni es conveniente que lo sea; antes conviene lo contrario al propósito de la Unión [...] Triste sería para los españoles tener que recoger y amparar a un menesteroso moribundo. Pero si Portugal se hallase, en efecto, en

circunstancias tan duras y acudiese a nosotros, indudablemente lo recogeríamos y ampararíamos, echándonos al hombro, con caridad fraternal, una carga tan pesada. Por fortuna, no sólo de Portugal, sino nuestra, las cosas distan mucho de esa indigencia y falta de recursos que el vulgo de España supone [...] Cualquier libro, cualquier documento que consultemos para cerciorarnos de esta opulencia relativa en España y de esta indigencia de Portugal, viene a demostrarnos que estamos en un error [...] De esta suerte es como comprendemos el iberismo. No es una necesidad, y puede ser una conveniencia. No se requiere la unión para vivir. Portugal ha vivido bien, con riqueza y prosperidad materiales, y puede vivir bien del mismo modo sin nosotros; Portugal, sin nosotros puede llegar a ser una nación más industrial, más rica, más comerciante, más abastada

que Bélgica; pero Portugal, sin nosotros, no puede ser una gran nación, y Portugal aspira a serlo [...] Aquella prosperidad puede renovarse fácilmente; pero Portugal no puede quedar satisfecho con aquella prosperidad. La condición, la índole, el instinto, las tradiciones de todo portugués, le mueven y arrastran a propósitos y fines más levantados. Ningún portugués negará esto, puesta la mano sobre el corazón. Esto, pues, y no la necesidad de vivir, para la cual no nos necesitan, es lo que más tarde o más temprano los traerá a todos al iberismo. No será la idea de que valen poco, no será el sentimiento de postración y de humildad, sino el orgullo nacional y los ensueños ambiciosos y las saudades del pasado poderío lo que han impulsado a hacerse ibéricos, no resignándose a ser ricos y prósperos, pero poco importantes, como Bélgica y Suiza». Ibid, 686-90.

<sup>14</sup> «Nosotros no somos menos apasionados que el señor Gullón de la unidad ibérica; pero creemos que ésta ha de realizarse por medios más lentos y suaves [...] La precipitación y la violencia, y el atribuirse superioridad una nación sobre otra, han sido causa de que la unión no se logre, o de que, ya realizada, vuelva a romperse, como en tiempo de los Felipe. Desde entonces hasta ahora no ha vuelto a renacer en ambos países la idea de la unidad. No contribuyamos, pues, con nuevas imprudencias, a que de nuevo se deseche [...] Nuestros políticos de ahora debieran imitar la conducta de aquellos reyes, preparando la unión de ambos países por medios semejantes, y no trazando planes de conquista, de revolución o de anexión, en perjuicio de alguna de las dos dinastías». Ibid, 695.

<sup>15</sup> N. Rivas, al que se debe quizás el relato más circunstanciado de la frustrada candidatura del padre de Luis I, escribe con referencia al ambiente iberista de la primera etapa de la Gloriosa: «En aquellos tiempos, la idea de la Unión Ibérica contaba con numerosos prosélitos. Políticos —especialmente los progresistas— literatos, poetas y hombres de ciencia extraños a los partidos, mantenían fervorosamente tan noble anhelo pleno de patriotismo y de sentimientos generosos, pero sembrados de obstáculos poco menos que insuperables. Tan simpática bandera tenía en España popularidad y ambiente, pero en Portugal

Aunque en algunos puntos la crítica de D. Juan a la formulación iberista de Gullón y sus camaradas era tajante y casi descarnada, por lo común y de acuerdo con las características del temperamento y el estilo valerianos, a menudo se desenvolvía por caminos más versallescos y eufemísticos. En su recorrido se despedazaban, como ya dijimos, sus tesis mayores y menores bajo la apariencia, en ocasiones, de concordancias formales e identidades anecdóticas, que D. Juan se afanaba, traicionándole su pluma, en elevarlas a categorías.

Pero en todos sus artículos latía con fuerza el propósito de su autor de no dejarse aprisionar por la controversia y colocar a sus páginas en el terreno de la especulación histórico-literaria, ya que la filosófica fuera objeto, en su aplicación a los dominios de Clío, de sus anatemas y puyas. La unión Ibérica no podía estar sometida a los vaivenes y humores de la política por alta que fuesen las instancias en que se fraguasen los planes y proyectos. Otro extremo, previo y superior a cualquier escarceo polémico, dejaba a salvo el autor de *Las ilusiones del Doctor Faustino*, su lusitanofilia, que le llevaba a no ceder a nadie en el interés por la misión de los pueblos peninsulares, contemplada como fruto que sólo la evolución de sus respectivas historias podía madurar<sup>14</sup>.

Al decir de Azaña, el haz de ideas que nucleaba los dilatados escolios del escrito de Gullón (en exceso quizás infravalorado por el ensayista alcalaíno) regiría también la política adoptada por Madrid en la etapa —corta: un año— en que Valera ejerció la más alta de sus funciones gobernantes, la subsecretaría de Estado, de la que se posesionó el 11 de octubre de 1868 apenas instalado el Gobierno Provisional de la «Gloriosa». Aunque eran instantes en que la llama iberista prendió otra vez con fuerza en los sectores más ardidos del residual progresismo, Valera procuró atemperar su entusiasmo al cansino paso de la realidad. El mismo Prim, tan entusiasta en un principio de la candidatura al trono español del universalmente admirado D. Fernando de Coburgo, debió reconocerlo así, como desde una posición diferente lo expresara Castelar en uno de sus grandes discursos de las constituyentes del 69<sup>15</sup>.

## La embajada lisboeta y la crítica de Oliveira Martins

Estaba escrito en el destino de Valera que Portugal marcara horas señaladas de su existencia. Después de un largo interregno en su carrera diplomática y con la llegada por vez primera de los fusionistas al poder, D. Juan,

defraudadas una vez más sus ilusiones políticas, aceptó sin demasiado entusiasmo, y a modo de compensación de su frustrada ambición ministerial, la embajada en Lisboa. Casi veinte años separaban la que había de ser su última estancia lisboeta de la precedente, sin que tal distancia hubiese amortiguado nunca su interés por sus cosas, en particular, las atañentes a su literatura. Probablemente su un tanto forzada marcha le colocó en una situación hipercrítica hacia el país que ahora contemplaba, en cuyos estamentos dirigentes creía observar un cambio de talante hacia España. Conforme a su juicio, la Unión Ibérica no figuraba ya entre las prioridades de los núcleos dirigentes lusitanos, impregnados del recelo, si no del desvío, de las capas populares hacia España. Puede imaginarse, pues, fácilmente el agrado con que el embajador de Alfonso XII ante Luis I entablase negociaciones al más alto nivel para que, complaciendo las insistentes peticiones de la reina madre, se llevasen a efecto entre una infanta de España y el futuro Carlos I aquellas bodas reales que, de haberse realizado en 1846 en lugar de los matrimonios franceses, hubieran, sin la menor duda, cambiado el curso de la historia de los dos países. Pero no estaba en manos de Valera volver a dar una oportunidad a un sentimiento y a un clima que fueron efímeros.

La conjunción de ambos sentimientos sumió a su residencia lusitana en una hondonera de quejas y lamentaciones continuas, una vez más expuestas principalmente a través de una copiosa correspondencia. Por fortuna, su carácter privado ahorró a D. Juan el acentuar su fama de hombre inconsecuente e inconstante. Aparte de sus informes al ministro, ningún escrito acerca de la civilización portuguesa brotó de su pluma, comprensiblemente enmohecida en este período, el cual, desde luego, fue, sin embargo, aprovechado por Valera para ensanchar el caudal de sus conocimientos y noticias sobre el país en que estaba acreditado<sup>16</sup>.

A tenor de su producción posterior, cabe deducir que éstos consolidaron su visión iberista tal y como la hemos formulado en su glosa ya mencionada de la obra de Pío Gullón.

Pocos años después de terminada su embajada en Lisboa, libre de ataduras coyunturales, el pensamiento de Valera en torno al iberismo iba a explanarse con infrecuente rotundidad en su pluma en otro de sus textos en torno al diálogo peninsular, surgido siempre, para ser fructífero, desde un fundamental dualismo en el que Valera no se recataría de insistir. Justamente al hilo de otra reseña crítica, la del gran libro de Oliveira Martins *Historia de la civilización ibérica*, su admirador cordobés daría rienda suelta a su pensamiento iberista, oreado ya por las brisas de la edad madura.

Muy pocas serán en este dilatado comentario las referencias que quepan espigarse en punto a la actualidad y a los asuntos estrictamente políticos relacionados con el iberismo estatal. No se crea por ello, sin embargo, que

*era rechazada, por juzgarla atentatoria a su autonomía. Sólo un reducido grupo de románticos miraba sin prevención, lo que se deseaba con tanto calor aquende la frontera. El miedo a perder su independencia —el vulgo no concebía la federación dejando intangible la soberanía— ponía espanto en el ánimo del pueblo portugués». Curiosidades históricas contemporáneas (Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias). Barcelona, 1942, 131. M. Vid también Azaña, O.C., 994.*

<sup>16</sup> «El iberismo —dirá a Menéndez Pelayo el 8 de abril de 1881, apenas tomaba posesión de su cargo— progresa aquí, sobre todo entre republicanos. El odio a Inglaterra le da muchas alas. Periodistas y literatos portugueses a manta, quieren ir para el centenario de Calderón con bandera y otros primores. Desean ir de balde y que se les envíe de ahí un salón-vagón. Hay también grande empeño en que los antiguos objetos de arte que desde Madrid vayan a Londres, a la Exposición, vuelvan a España por Lisboa, a fin de hacer aquí una Exposición artístico-arqueológica peninsular». Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. Madrid, 1930, 81-2.